

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

El público no lo conocía, yo tampoco; solamente los comisionados *traedores* habían tenido el gusto de oírlo, aunque tal vez no lograron el de comprenderlo y saborearlo; al fin, un diario aostino se ha dignado satisfacer nuestra curiosidad—natural siempre, y más natural cuando de asuntos tan serios y tan interesantes se trata—y ha publicado el acta más sabrosa y mejor condimentada de cuantas salieron jamás de las monárquicas regiones.

No en vano había ofrecido el duque de Aosta respetar las gloriosas tradiciones nuestras, así políticas como religiosas; pruebas suficientes ha dado de que se propone hacerlo así, y cuando aun no lo hubiera hecho, el acta bastaría para demostrarlo.

Y es que, la verdad, como el demonio es travieso y no se da punto de reposo en esto de revolverlo todo y de inficionarlo de diabólicos miasmas, había desde antiguo entre nuestros piadosos ascendientes la costumbre laudable de colocar a la cabeza de todo escrito, á guisa de *vade retro* ó *exi-foras*, ú otro exorcismo cualquiera, una cruz, con que se hacían impotentes las malas artes del señor Satanás, que ya no tenía medios hábiles de hincar en el escrito susodicho su venenoso diente.

Este religioso y cándido uso ha envejecido ya como tantos otros que acreditaban la arraigada fé y el catolicismo profundo de nuestros mayores, y en esta época de desmoralización apenas si lo practica algún anciano venerable ó alguna santa esposa de Jesucristo.

Amadeo, sin embargo, cumpliendo su propósito de respetar nuestras tradiciones piadosas y de resucitar á nueva vida nuestra amortiguada religiosidad, encabeza el acta de aceptación con estas palabras:

«En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.»

Confieso que esta manera de principiar me ha parecido de buen agüero, porque al cabo nada se pierde con recordar estas cosas santas en los asuntos graves de la vida. Ya sé yo que algunos hipócritas, disfrazados hipócritamente con la máscara del respeto, dicen que no es bien traer y llevar, mezclándola en asuntos mundanales, á la divinidad, y que demuestran tener pobre idea de Dios los que asocian su nombre á todos los actos de la vida ordinaria; pero aquí, en este país clásico del catolicismo y de la Inquisición, donde desde niños aprendemos á decir: *mañana, si Dios quiere*, eso de empezar con la Trinidad Santísima no es sino muy aceptable y muy atento.

Otra cosa es la que me preocupa en esta cuestión: es á saber; como Víctor Manuel está excomulgado, ó si se quiere no se halla en muy buenas relaciones con Dios, no sé hasta qué punto habrá tenido derecho para tomar su nombre sin previo permiso.

En último resultado, cuando él lo ha hecho ya sabrá que puede hacerlo, y por mi parte solo debo felicitarle porque, desembarazado así el camino de dia-

blós, brujas y demás seres endemoniados, lo restante del acta es de lectura grata y apacible.



«En el año del Señor (continúa el acta) mil ochocientos setenta, el día cuatro de diciembre (*dia de Santa Bárbara*); á las doce de la mañana, etc., etc.»

Véase con qué sencillez, con qué delicada cultura se procede en la enumeración de circunstancias; nada, es lo que yo digo, como se entre con buen pié en un terreno, todo es fácil y sencillísimo: y me parece que había de verse apurado el que pretendiera hallar mejor pié que la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que ya dan pié para esto y para lo otro.

Nada se ha olvidado, ni el año del Señor, ni el día, ni la hora, ni el sitio; únicamente habían omitido el santo; pero yo, que venero profundamente á todos los inquilinos, mejor ó peor acomodados, de las habitaciones celestes, he subsanado ese olvido de nuestros representantes.

Y despues de dar noticia circunstanciada y minuciosa de que una *comision nobilísima* (son palabras textuales) ha ofrecido la corona, y que el padre ha permitido al hijo que acepte, dice el acta:

«Y S. A. R. el príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta, obtenido el consentimiento de su augusto padre, ha declarado solemnemente que *acepta con el auxilio de Dios Omnipotente para sí y sus descendientes y sucesores legítimos la corona que le presenta la nación española.*»

No puedo resistirlo; estos párrafos en que las palabras *serenísimo, alteza real, príncipe, duque, augusto padre* menudean y se repiten, me trasportan de las innobles regiones de la democracia moderna á las puras y nobilísimas de las antiguas monarquías.

¡Oh! cómo calumniaban al príncipe, al egregio príncipe, los que sin conocerle y solo por desprestigiarle ante la opinión aseguraban que sería rey popular. No, por fortuna—ya lo sabría el prudente y avisado general Prim—el rey que despues de laboriosas y hasta hoy inútiles pesquisas hemos hallado, no será rey popular, no trae mancha alguna de democracia, y por lo que se refiere á su piedad y á su celo religioso, oigámosle decir, como podría una de nuestras venerables abuelas, que *declara solemnemente que con la ayuda del Omnipotente acepta para sí y para sus descendientes la corona que la nación le ofrece.*»



Aquí hay un pequeño error de concepto, fácil de explicar si se tiene en cuenta que el nuevo rey desconoce todavía los perfiles de estilo del idioma. No es precisamente la nación la que ofrece la corona al duque egregio de la casa de Saboya, hijo de su augusto padre, etc.; es una comision de las Cortes, lo cual es algo distinto.

Lo que no comprendo yo es que haya aún quien niegue al ayuntamiento de Madrid el derecho para costear solemnes y deslumbradoras funciones reales bajo el frívolo pretexto de que no tiene dinero para pagar á sus acreedores.

Pero, señor, ¿á qué estado de perversion hemos llegado?

¿A que cualquier plebeyo se juzga de mejor condición que un monarca de noble estirpe?

¿A que un industrial quiere mejor ser pagado que contribuir á los reales festejos?

¿A que un descamisado ó un jornalero supone que es antes el pobre salario con que ha de dar pan á sus hijos que los castillos de pólvora con que, si hemos de ser decentes, debemos celebrar la entrada del monarca?

Con pueblos así no hay gobierno posible.

A. Sanchez Perez.

DE MÁSCARA.

Ya cuelgan de muchas tiendas, cobijados por el opaco farol, los consabidos *dominos* y los invariables trajes de demonio pardo oscuro con accidentes colorados; ya lucen las verdosas lentejuelas de las faldas de bolera.

Y ya parece que viene el rey electo.

Creo que por Carnaval se empezó á tratar de la consolidación de aquello llamado por antifrasis orden de cosas, bosquejado por la coalición; por aquella coalición cien veces desligada, otras ciento ensamblada, y hoy, como las duelas de una pipa sin aros, deshecha á pedazos.

Bien parece que en Carnaval también venga, si al fin ha de venir, ese rey de la monarquía democrática, y como cosa de Carnaval sea recibido.

Será cosa de oír la formalidad con que sus cortesanos le repetirán aquello que repetían á doña Isabel II, y será cosa de averiguar si el rey es de tan buena fé que cree que se lo dicen de veras ó es tan taimado que finja creerlo.

Yo de cuando en cuando, de buena gana le enviaría los discursos solemnes, los juramentos de adhesión, la copia de los voluntarios juramentos con que sus cortesanos y parciales embromaban en otro tiempo á la hija de Fernando VII.

¡Qué ganga para mí si el rey me nombrara su *efemeridero*; es decir; si me diese un destino que me obligase á referirle cada día una ó más efemérides de la historia contemporánea!

Efemeridero de cámara no sería al fin y al cabo tan indecoroso como otros destinos.

Yo tendría en una lista á todos los cortesanos, con sus nombres y apellidos y delitos que han cometido, y procuraría escoger con acierto la noticia peor para el día en que S. M. estuviese más cargado con el dignatario que por allí anduviese.

El día en que S. M. se mostrase mal humorado con Fulanito, apenas lo notase yo, correría á su lado, diciendo:

—¡Efemeride! Hace cuatro años, en tal día como hoy, S. M. la reina doña Isabel II, que Dios guardaba con poco celo, recibió de ese señor el juramento de que derramaría en su defensa la última gota de sangre.

Yo ya sé que el rey jamás me preguntaría: —¿Y lo cumplió?

Otras veces sabría yo que el rey estaba en un determinado sitio de palacio. Acudiría yo y le diría:

—Señor: En este mismo sitio, hoy hace cuatro años,

doña Isabel II recibió secretamente la noticia de que el que se acaba de ir ahora estaba conspirando contra ella.

Puede que el rey me preguntase entonces si yo quería decir que la conspiración era contra los ministros.

Yo, más serio que él, le repetiría:

—Contra ella.

Ignoro si el rey se divertiría mucho.

Lo que es para mí todo el año sería Carnaval.

¡Cuánto esparterista hasta la muerte, cuánto montpensierista póstumo y todo, cuánto demócrata y cuánto republicano de similar caería por mi banda!

Pero en cambio al rey no le faltarán diversiones tampoco. ¡Cuando vea el desgarbo, el endomingamiento de los nuevos cortesanos!... No digo yo que sería, por ejemplo, de algunos que han nacido para el oficio, que han pisado más ó menos los salones de la corte, y algunos similares ó de aproximación de rey; ¡pero otros!...

¡Ya estoy yo figurándome al rey mordiendo los labios de risa cien veces al día ante el aspecto de los dignatarios primerizos de que se va á ver rodeado!

Él y su amigo íntimo (todos los reyes extranjeros tienen al empezar un amigo íntimo) van á desternillarse de risa con algunos hijos de su patria adoptiva.

¡Al infeliz cortesano novel que se le meta en la cabeza que ha de hacer dengues si quiere que le tomen por señor!...

¡Capaz es alguno de ellos de subir distraído al pescante el día que tenga que ir de comision á palacio!

¡Tan bien y con tanta naturalidad como estarían el uno en su bufete, el otro detrás del mostrador, este afeitando, el de más allá copelandando metales, y todos ellos, en fin, ocupándose en algo útil y ajeno á la servidumbre!

¡Y pensar que serán tantos los que, como la gata mujer, revelan á cada paso su índole y sus inclinaciones primeras, sus prácticas de toda la vida, bien extrañas por cierto al oficio que van á tomar!

Decididamente: para el rey y para mí va á ser cosa de máscaras la temporada próxima.

Estoy por creer que su futura majestad y yo seremos de los españoles que más se diviertan en el próximo Carnaval, y creo que cuando los demás españoles se figuren que ya estamos en Cuaresma, el rey y yo todavía seguiremos diciendo á los cortesanos:— ¡Te conozco, te conozco!

Alguna compensación ha de haber para el que no quiere reyes: justo es que yo á lo menos me divierta con sus criados.

A pagar y callar podrán obligarme; pero lo que había de gastar en ir á los Bufos, me lo ahorraré presenciando el espectáculo de la corte.

El rey, es claro que participará más de los goces de la carnalada; pero eso será muy justo: es ley económica: según el riesgo, así es la participación.

Roberto Robert.

REVISTA DE ESPECTÁCULOS.

I.

Con gran éxito se representó el domingo último en San Isidro la función preparada por los católicos madrileños, los verdaderos católicos, los católicos apostólicos *romanos* hasta aquí, y en adelante *leoninos*.

La iglesia presentaba un golpe de vista admirable.

Mujeres encantadoras ocupaban la tribuna, enseñando á la concurrencia unos ojos que para mí los quisiera yo.

Jóvenes de la *Asociación católica* aparecían con la vela en la mano en una interesante postura, digna del fotógrafo Juliá.

Nobles que aman mucho á Dios y á las suripantas, estaban allí de cuerpo presente para dar realce al espectáculo.

Sacerdotes de los más superfinos de la clase acudieron á ofrecer una vez más á Dios sus oraciones.

Y por último, postulantes del tren de primera recogían lo que la piedad llevaba en los bolsillos; así es que los concurrentes salieron con el pensamiento en Dios y el dinero en *idem*.

¿Qué mejor empleo á la riqueza, *no es verdad Vd.?*

II.

El espectáculo dió principio por una comunión general, es decir, por repartir entre los concurrentes un

cuerpo del Redentor por barba, «llenándose así de su divinidad y convirtiéndose en cierto modo en el mismo Dios.»

(Estas palabras subrayadas son de *La Regeneración*, al hacer la revista de este espectáculo).

Cálculen Vds. cómo estarían el cuerpo y el alma de cada individuo al convertirse en un Dios.

¡Ni Dios le tosia!

Adivino el poder de la gracia, que tantas gracias hace al hombre; pero no comprendo cómo un católico de estos que creen tragarse nada menos que el cuerpo de Jesucristo, se atreve á hacer la digestión.

Considera, alma inocente, que es mucho atrevimiento, mucho.

Considera que eso es tratar al cuerpo del Redentor como se trata á un plato de judías.

El programa de la comunión general, ó sea la sinfonía del espectáculo, tenía por objeto estas palabras de Jesucristo:

«Cuanto en mi nombre pidiereis al padre celestial os será concedido.»

Y para pedir con toda la pureza, tomó cada individuo su ración de Redentor.

Y todos pidieron que el Padre celestial devuelva al Papa el poder temporal que Italia ha reivindicado.

Pero ¡oh dolor de religión! lee uno el libro sagrado, obedece al pie de la letra, se pone en jarras y pide al Padre celestial lo que conviene.

Y el Padre celestial no hace caso.

¿Por qué, Dios mio, por qué? Jesucristo no puede engañarse. «Pide en mi nombre, dice, y se te concederá lo que pidas.»

Fiados en estas hermosas palabras, acuden los buenos católicos, piden, y como si nada pidieran.

¿Será que no lo merecen? Pues acabáramos.

III.

Después de la comunión, que fué desempeñada con todo el aparato que su argumento requiere, empezó la misa, ejecutada por uno de nuestros primeros actores en cosas sagradas.

El gran éxito de esta parte de la función se debe á un cura músico, autor de una pieza soberbia llamada *Tu es Petrus*, la cual fué tocada y cantada con regular acierto. La obra se resentía de pocos ensayos.

Acto continuo subió al púlpito el obispo de Avila y pronunció un discurso, tratando de demostrar que el catolicismo es la panacea de todos los males que nos afligen. ¡Él lo creía, lo creían las señoras, lo creían los ancianos, lo creían hasta las pollas de la tribuna reservada!... ¡Fué un momento de creencia sublime!

Antes que se enfriara el entusiasmo de la concurrencia salieron catorce académicos vestidos de negro y pidieron *limosna para el Papa*.

Ya pareció aquello. ¡Y qué bien escogido estuvo el momento! ¡Zambomba! Entusiásemse Vd. para que en seguida le saquen el dinero.

Segun los cálculos hechos, se recogieron para el Papa unos 80.000 reales.

En vista de tan feliz resultado, se puso de manifiesto á Su Divina Majestad, y se anunció que por la tarde se daría la bendición papal que por el telégrafo había enviado el Padre Santo.

IV.

Lo más conmovedor del espectáculo fué la velación, desempeñada por los más caracterizados católicos.

Aquello era piramidal; la emoción se extendía por todos los ángulos del edificio y se refugiaba en los corazones piadosos.

¿Qué somos en esta vida? Nada. Pues bien; si algo valemos es por nuestra devoción, y nuestra devoción no vale dos cominos si no tiene una vela en la mano.

El hombre puede en el rincón de su casa conmovirse ante las maravillas de la creación y adorar apasionadamente al Criador; pero esto, ¿qué vale al lado de ese ejercicio de centinela con la vela en la mano?

Nada, lo dicho; quite Vd. el templo, la pompa, el traje, el incienso, la vela en la mano y la cabeza humilde, y dígame qué le queda al catolicismo.

Pero no me lo diga, que ya lo sé yo. Si alguno cree que después de echar la bendición recibida por telégrafo no se pidió dinero para el Papa, se equivoca, porque la función terminó por otra *colecta*.

¡Animas benditas!

Pues señor, hemos cumplido con Dios, con los hombres y con las muchachas bonitas.

Ahora vámonos á comer.

Los 80.000 rs. irán al extranjero mientras el bajo clero se muere de hambre. Dios sobre todo. Amen.

Luis Rivera.

LA COSA.

Y no hay más cosa que el rey: quiero decir que en sí vendrá ya pronto el rey está la cosa.

Los espoñoles, en su inmensa mayoría, dejan acercarse el plazo, como quien no quiere la cosa.

Todos los diarios de Madrid y de provincias publican los innumerables discursos en que la comisión española y el rey de Italia y el príncipe Amadeo se han descalabrado á puras galanterías á propósito de esa cosa.

Y entre los designios de la Providencia, los recuerdos de la monarquía tradicional y las esperanzas de mejores tiempos, que han constituido el fondo de aquellos discursos, se ha entretenido el mundo oficial en ambas Penínsulas, mientras aquí lo hemos pasado pidiéndonos dinero mutuamente y explicándonos los unos á los otros por qué no podíamos darlo, y los otros á los unos por qué ya no podíamos menos de exigirlo.

Van Vds. á ver cómo la cosa se reduce al fin y al cabo á tener que pagar todos un poquito más de dinero.

Para la conservación del orden público, todos los augurios que se encuentran en los famosos discursos es resucitar en ellos las insinuaciones religiosas, que de algun tiempo á esta parte el decoro había suprimido del lenguaje oficial, y suprimir la palabra democracia, que por causas ajenas á la voluntad de los contrayentes en ese lenguaje se había introducido.

Fuera de esto, la eterna muletilla de las glorias históricas, aquello de las amistosas relaciones entre ambos pueblos, todos los lugares comunes de la manoseada literatura monárquica han ocupado sus acostumbrados sitios en cada párrafo, como si desde tres siglos á esta parte no hubiera sucedido nada en el mundo.

Yo no diré que los ayuntamientos del tránsito no procuren aprovechar toda la comparsa y trastos de almacén de que puedan disponer para que el rey tenga una entrada vistosa. No dudó que algun alcalde de esos que todavía creen en las condecoraciones, no invente alguna diablura de celo y entusiasmo para ver si entra en una orden de caballería cualquiera; no negaré que no esté bien hecho el introducir en España al rey electo procurando hacerse alijo en una de las playas menos republicanas que sea imposible encontrar; pero aun así, me parece que el buen señor se ha de persuadir en breve de que son pocos ciento noventa y un diputados para responderle, no diré yo del entusiasmo, pero ni aun de la benevolencia de los españoles.

¡Ay, cómo se va á encontrar el buen señor dentro de poco!

Yo ya no tengo reparo en figurarme que después de los preliminares indispensables al comienzo de una monarquía que se viene del modo que esta, llegue al fin el momento en que el rey se siente y aun se repantigue en el sólio, que según los liberales que le apoyan, es todavía el sólio mismo de San Fernando.

Pero cuando vea que los clérigos le miran con horror, cobrando lo que sea; que en tales y cuales provincias no sale elegido un monárquico si no se alcanza su elección por medio del derramamiento de sangre; cuando llegue aquello de que un general se le subleve por un lado y otro por otro, y se convenza S. M. de que siendo tradicionales esas sublevaciones no es posible evitarlas; cuando empiece á recibir los anónimos de siempre acerca de la confianza que merezcan los que le rodeen, se va á ver y se va á desear en medio del atolladero.

A cada viva que le echen, ¿cómo podrá eludir el recuerdo de que del mismo modo era victoreada Isabel II momentos antes de tener que tomar el tren á toda prisa?

A cada protesta de adhesión que reciba, ¿cómo no ha de estremecerse recordando que los labios que la pronuncian ya habrán dicho otro tanto á Isabel II, y quizá también á Carlos llamado el VI, y acaso igualmente á Carlos el que quiso ser V?

Las fajas mismas, los entorehados mismos que brillarán á sus ojos, ¿no le traerán de continuo el recuerdo de que los cortesanos de hoy eran los cortesanos de ayer, y que sirviendo á la que después arrojaron fueron sabiendo hasta la altura á que se encuentran?

Porque si solo fueran uno ó dos los que habían jurado eterno amor á la otra, pase; ¡pero todos, todos!

Es claro que al joven rey le dirán que entonces servían á la patria y que ahora le sirven á él; pero temo que en esta época de incredulidad no haya tragaderas para atravesar el distinguo.

Pero también es buena bobada mia el ocuparme ahora de si tendrá ó no malos ratos el rey.

¿Por ventura pensará él jamás en los míos? Fuera de que yo discurrí que él tomará á beneficio de inventario lo que le den y hará lo que más cuenta le tenga.

Aquí, para consolarse, no hay más que hacerse cargo de que todo el mundo lo pasa casi tan mal como nosotros; que el rey creará ó dirá que cree lo que

LA SARTEN POR EL MANGO.

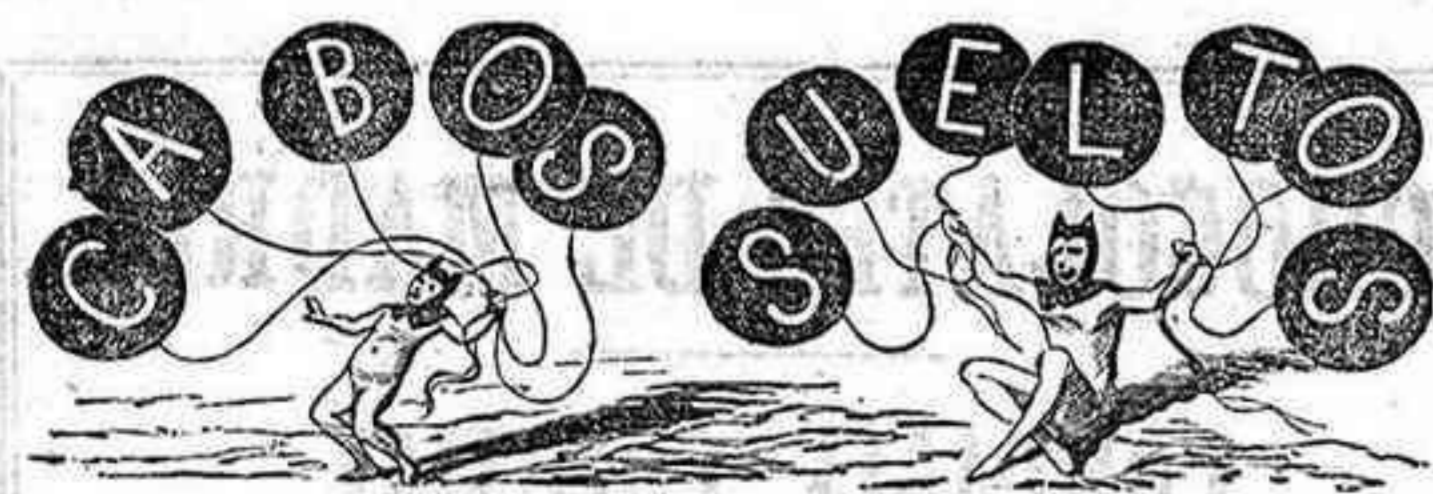


—¿Piensa Vd. tenerla mucho tiempo así, D. Juan?
 —Todo el que me dejen.
 —Pues ¡mucho ojo!

más le convenga. Como si España no tiene dinero él no se lo ha de dar, esperemos á que el rutinario español se persuada de que tronos y garrambainas todo es uno, y haga...

¿Qué se hace en cualquier país cuando el rey no gusta ó no sirve?
 Preguntádselo al gobierno monárquico actual.

Roberto Robert.



Segun dicen, ha mediado en la elaboracion de la candidatura Aosta un señor *Buscaglioni*.
 Buscaglioni; mire Vd., ya me figuraba que andaba en esto; así ha salido ello.

Entre los firmantes del acta de aceptacion hay un señor Gino Capponi.
 ¡Qué diablo de apellido, hombre!

Un corresponsal de Florencia requiebra descaradamente á Ruiz Zorrilla: habla de su bella figura, y de su digno y noble ademan, y de su talle airoso y agraciado... pero, señor, ¿qué es esto?
 ¿Y la moral, jóven, y la moral?

Las contribuciones se cobran á cañonazos; cada gobierno tiene su manera de matar contribuyentes.

La epidemia en Barcelona ha producido miseria. En Alicante no se diga.
 La crisis del Tesoro alcanza á todas las clases de la sociedad.

Algunos hombres de buena fé, pero sin pizca de conocimiento; han abierto suscripciones para socorrer á los necesitados.

Los heridos en la guerra tambien han recibido auxilios de personas caritativas.

Los que mejor lo han entendido, sin embargo, han sido nuestros católicos.

«Es imposible socorrer separadamente tantas desgracias, han dicho; pues bien, pidamos para el Soberano Pontífice; él por su parte pedirá á Dios por todos, y esto resuelve las dificultades.»

Esto es pensar mucho y bueno: solo á un católico se pueden ocurrir estas cosas.

El dia 11 dió Aosta la mano á D. Pascual Madoz.
 El dia 12 D. Pascual Madoz habia muerto.
 Diga Vd., ¿será cierto que el monarca italiano hace mal de ojo?

D. Pascual Madoz ha fallecido. Calculo que esta será para él la hora de las alabanzas: por mi parte solo puedo decir de él difunto lo que decía de él vivo: *no valia gran cosa, pero sabia vivir*, y no ha dejado de saber hasta que se ha muerto.

No sé por qué la tumba ha de ser el receptáculo de todos los elogios y la muralla de las censuras.

La *Biblioteca de instruccion y recreo* acaba de publicar un nuevo tomo.

Es interesante como los anteriores.
Las cacerias en Marruecos se titula: bueno es advertir, sin embargo, que no es precisamente de actualidad.

Lo digo porque no se entienda que hay alusion á la Partida de la Porra: no; los marroques de que en el libro se habla son auténticos.

Moret sigue guardando silencio acerca de sus planes: hace bien; al fin y al cabo en boca cerrada no entran moscas, y el que pretenda saber que estudie. ¡Estaria bueno!

Cuatro mil duros en billetes depositó un católico en las mesas de petitorio de San Isidro.

Hizo perfectamente.
 Seria curiosa una averiguacion acerca del origen de esos cuatro mil duros.

En *Los guardias del rey de Roma* aparecen unos soldados persiguiendo á unas colegialas.

Allí se habla de pasarlas á cuchillo; hay hombre que necesita—según dice—lo ménos dos, y el que más comedido está, grita: ¡á ellas, á ellas!

Pues bien; después de tantos gritos, y después de hacer á las pobres que beban rom, todo se reduce á bailar un minué: y cuando aparece la superiora, los más bigotudos militares se escapan como tímidas chiquillas.

Hombre, me parece á mí que sobra mucho en el comienzo ó falta mucho en la conclusión.



Los progresistas tratan de reorganizarse. Presumo que en el asunto de la servidumbre habrá más que palabras.



La Iberia asegura que Aosta vendrá pronto, muy pronto.

Podrá suceder, que otras cosas más extrañas suceden.

Pero de cualquier modo, yo puedo decir ahora que llegué antes, y espero decir pronto que me marché después.



El general Prim piensa regalar al príncipe Amadeo un *deslumbrador* uniforme de capitán general.

Si lo pagas, general, nada tengo que decir; aunque deslumbrés á un rey no has de deslumbrarme á mí.



La permanencia en Florencia del Sr. Ulloa empieza á despertar recelos.

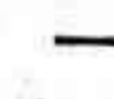
Esto de que haya rey—aunque sea de mentirijillas—y falten chismes, y cuentos, y cabildeos, y miserias, es imposible.

Aparece la camarilla en el horizonte. (Primer período.)



En una carta de Florencia leo las conmovedoras frases siguientes:

«El duque de Aosta sabe que va á España, no á gozar, sino á sufrir...» Basta, basta, cruel; no prosigas y... no vengas.



En otra correspondencia de igual mano se dice que, como Amadeo es vástago de una *ilustre dinastía*, quiere ganar por sí mismo un *floron para su corona*.

Eso es; como dijo el otro, «de casta le viene al galgo...»

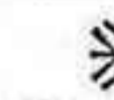
En ganar el florón está el cuento.



Varias señoras de Madrid han dirigido una exposición al Papa protestando de la ocupación de Roma.

Mucho habrá agradecido Pío IX esta abnegación, pero hay quien presume que le ha parecido de mejor gusto la limosna de cuatro mil duros que un católico dejó en el templo de San Isidro.

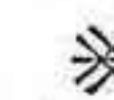
Los Papas son así: estiman mucho las protestas; pero todavía estiman más las limosnas.



En el Carral (Galicia) y en Casas del Castañar (Cáceres) ha habido terremoto por causa del cobro de la contribución.

La fuerza calmó, como siempre, los ánimos; pero no hizo llover pesetas.

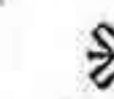
¡Ah! queréis tener rey, ¿eh? Pues lo dicho: ¡pagar y rabiar!



Los progresistas creen que amenazando cada día con un levantamiento en favor de Carlos Tercero conseguirán que España se resigne á sufrirlas á ellos.

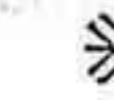
Lo malo es que ya todos hemos llegado á la edad en que se dice:

—¡Y bien, que venga ese coco!



Dicen que en la nueva etiqueta de la corte se suprimirá la prohibición de soltar tacos y ternos para que sea más fácil entenderse.

Digan lo que quieran, la revolución va dando sus frutos.



Los entreactos en la Zarzuela siguen siendo monstruosos.

De tres actos se compuso el lunes la función y acabó á las doce y media.

Las Novedades cree que no se puede corregir el abuso por culpa de los actores.

La culpa es del público, que lo consiente.



A propósito de *entreactos*: ha empezado á publicarse con este título un periódico de teatros, elegante y bien escrito.

Si la empresa de la Zarzuela lo repartiera entre el público, podría este consolarse de los entreactos con *El Entreacto*.



En Sarriá han muerto *quince hombres* y han sido heridos *cincuenta* por la fuerza que auxiliaba á los recaudadores de la contribución.

Ahora me explico por qué en la circular del bello joven D. Segismundo se aconsejaba la energía.

¿Habrán parecido pecos muertos á S. E.?



¿Con que la tertulia progresista ha decidido aplazar la elección de diputaciones provinciales?

¡Ay, Sr. D. Nicolás! ¿qué mil demonios hace Vd. en ese ministerio?



¿Puede saberse con qué derecho los dependientes de la autoridad se apoderan en la calle y arrebatan á los vendedores periódicos que no están denunciados?

Sr. D. Cristino, Sr. Rivero, sepamos de una vez si ha llegado el caso de que cada cual defienda como mejor le parezca sus derechos.

¿Y para esto llenan Vds. las esquinas con bandos y la *Gaceta* con circulares?



Catorce jóvenes de familias distinguidas, vestidos de frac, circulaban el domingo por el templo de San Isidro pidiendo limosna para el Papa.

Entre estos y las señoras recogieron miles de duros.

Está visto; hasta para pedir limosna es necesario hacerse un frac.

Mendigo habrá que por no tenerlo no recogiese en ese día la moneda más insignificante.



La fiesta, por lo demás, fué lucidísima.

Lindas y elegantes señoras, atildados galanes, sacerdotes y sacerdotisas, grandes de España, la magistratura, las órdenes militares, las Academias, ex-ministros y literatos se relevaban de media en media hora á velar al Santísimo Sacramento.

Pío IX remitió por telégrafo su bendición papal.

Lo creo.

Por algunos miles de duros bendice cualquiera á todo el género humano.



Las Novedades anuncia que «estamos expuestos á graves complicaciones.»

Veamos:

Antes de votarse la forma de gobierno, solo la república podía exponernos á graves complicaciones.

Después de votada la monarquía, solo la interinidad podía exponernos á graves complicaciones.

Después de salir de la interinidad, todavía dice el diario monárquico que estamos expuestos á graves complicaciones.

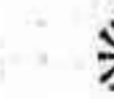
Este es el cuento de la buena pipa. ¿Quieres que te lo cuente?



D. Manuel Estéban Catalá, que falleció hace pocos días, ha legado al Refugio, en láminas del Banco, 35.000 rs. anuales.

El Sr. Catalá no era obispo.

Había sido liberal y perseguido por Fernando VII, á quien podríamos llamar el monstruo penúltimo... si se hubiesen acabado los reyes.



He leído que en la función extraordinaria celebrada el domingo en San Isidro iban muchas personas con bandejas pidiendo dinero.

Ya decía yo: ¿para qué será esa fiesta?

¡Debia haberlo adivinado!



Ya va para dos años que nadie opta á los premios que ofrece la Academia de Ciencias naturales.

En dos años, sin embargo, entre coroneles, brigadieres, mariscales de campo, tenientes y capitanes generales, ha producido España más que todo el resto de Europa.



Aventuras clericales. ¡Esta sí que es gorda! Ahora salimos con que después de tanta peste, malas cosechas y miseria, el arzobispo de Zaragoza aun tenía cubiertos de plata y á estas horas todavía tiene pectorales de valor...

¡Y yo nécio de mí que le había compadecido, creyendo que era pobre!

¡Que me devuelva la lástima que le apliqué!

Puede servirme para un verdadero menesteroso.

—El obispo de Quito va á Bruselas á recoger unos cuantos jesuitas que establezcan colegios en su diócesis.



En cambio, el prefecto de Lyon ha mandado á los jesuitas que dentro de veinticuatro horas desalojen el colegio que allí tenían.

—El obispo de Tulancingo no está en Tulancingo. Como que en una función de lujo, celebrada el domingo en San Isidro, daba la comunión el obispo de Tulancingo.

Si fuese un pobre soldado involuntario, estaría en las filas y en un cantón militar, aunque cayeran rayos.

Pero...

—Leo:

Llegó el sábado el obispo de Avila. Esperábase gran número de personas notables.

Antes solo se trataban con los humildes...

—Dícese que el Papa ha enviado su bendición telegráfica á los que concurren á la función de San Isidro.

Dícese que los concurrentes envían muchos miles de duros al Papa.

Comprendo al Papa libre-cambista.

—Un periódico de orden hace notar que aunque se reunieron muchos católicos en San Isidro, no promovieron desorden alguno.

En efecto, es particular.



El lunes pasó mal día el general Serrano. Fué aniversario del fusilamiento de Torrijos.



El Pañuelo blanco es una lindísima comedia de Blasco, que se está representando en el teatro Español con aplauso general.

La ejecución es perfecta por los actores encargados de ella, y la escena elegantemente servida.

El teatro Español está de enhorabuena, y yo se la doy á la empresa, al autor, á la Matilde, á la Boldun y á Catalina.



Me he salido con la mia. El tenor Perotti ha manifestado en *Marta* lo que puede su hermosa voz. El público le aplaude con entusiasmo todas las noches, juntamente con la Ortolani-Tiberini.

Marta está proporcionando buenas entradas al teatro de la Ópera, gracias á la feliz interpretación de los artistas.

ALMANAQUE DE GIL BLAS

PARA 1871.

Se halla de venta en las principales librerías, á 4 reales ejemplar.

Los correspondientes de provincias pueden hacer sus pedidos, abonándoles en comisión el 25 por 100.

CHOCOLATES DE MADRID.

COMPANÍA COLONIAL.

FÁBRICA MODELO FUNDADA EN 1854.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.

CAFÉS Y TÉS SUPERIORES

Depósito general, Mayor, 18 y 20.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LAEJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.